



✠ Lectura del santo evangelio según san Lucas (21,5-19).

En aquel tiempo, como algunos hablaban del templo, de lo bellamente adornado que estaba con piedra de calidad y exvotos, Jesús les dijo: «Esto que contempláis, llegarán días en que no quedará piedra sobre piedra que no sea destruida». Ellos le preguntaron: «Maestro, ¿cuándo va a ser eso?, ¿y cuál será la señal de que todo eso está para suceder?».

Él dijo: «Mirad que nadie os engañe. Porque muchos vendrán en mi nombre diciendo: "Yo soy", o bien: "Está llegando el tiempo"; no vayáis tras ellos. Cuando oigáis noticias de guerras y de revoluciones, no tengáis pánico. Porque es necesario que eso ocurra primero, pero el fin no será enseguida».

Entonces les decía: «Se alzarán pueblo contra pueblo y reino contra reino, habrá grandes terremotos, y en diversos países, hambres y pestes. Habrá también fenómenos espantosos y grandes signos en el cielo. Pero antes de todo eso os echarán mano, os perseguirán, entregándoos a las sinagogas y a las cárceles, y haciéndoos comparecer ante reyes y gobernadores, por causa de mi nombre. Esto os servirá de ocasión para dar testimonio. Por ello, meteos bien en la cabeza que no tenéis que preparar vuestra defensa, porque yo os daré palabras y sabiduría a las que no podrá hacer frente ni contradecir ningún adversario vuestro. Y hasta vuestros padres, y parientes, y hermanos, y amigos os entregarán, y matarán a algunos de vosotros, y todos os odiarán a causa de mi nombre. Pero ni un cabello de vuestra cabeza perecerá; con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas».

Fin de los tiempos, comienzo de la eternidad. Evangelio enmarcado dentro de los años que corren desde la Ascensión de Cristo hasta el último día de la humanidad. Representan la historia del Cuerpo místico de Jesús, las almas, mientras se arrastran por la tierra. **Peregrinamos, andamos lejos del Señor mientras vivimos en el cuerpo** (2 Co 5,6).

Es el duelo misterioso entre la gracia salvadora de Cristo y la naturaleza humana, esclavizada por pasiones que nunca acabamos de desarraigar. Contemplamos el postrero momento de la historia del mundo. Es una visión anticipada de la escena final que pondrá fin a todo lo que palpan nuestros sentidos.

Se sitúa delante de nuestros ojos el último acto del drama de la redención: **el retorno glorioso de Cristo** a la tierra *sobre las nubes del cielo, con grande poderío y majestad* (Lc 21,27), para juzgar a vivos y muertos. Hay un momento de suprema emoción en la misa de cada día. La Iglesia, inmediatamente después de la Consagración, proclama su fe en el gran misterio de la redención. «Este es el sacramento de nuestra fe: *mysterium fidei*». Recuerda a continuación la bienaventurada Pasión, la Resurrección del sepulcro, la gloriosa Ascensión de Cristo a los cielos, su retorno, coronamiento en la tierra de su obra de salvación.

Los primeros cristianos, perseguidos y martirizados por una sociedad pagana, suspiraban por la vuelta gloriosa del Maestro divino. Muchos lo habían visto elevarse al cielo. Su vida era una paradoja para cuantos lo rodeaban, familiares, amigos. «¡Ven, Señor Jesús! ¡Maranatha!»). Ese suspiro se escapaba incesante de sus corazones incomprensidos. **La fe, la certeza inmovible en la segunda y definitiva venida del Cristo querido, los arma para la lucha diaria con entusiasmo creciente.** Los llena de alegría contagiosa que hace nuevos prosélitos. *Y cada día agregaba el Señor a la unidad los que se salvaban* (Hch 2,47).

En nosotros, primeros cristianos del siglo XXI, la meditación de este evangelio dilata y ensancha nuestra fe en lo único imperecedero: Dios. **Ese Dios cuyo amor nos invita a renunciar a todo lo caduco.** Con esta fe, los cristianos seremos invencibles. *Esta es la victoria que vence al mundo* —les repite Juan, como un día a sus hermanos de entonces—: *vuestra fe* (1 Jn 5,4).

1. No quedará piedra sobre piedra

El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. Última frase de Jesús en este Evangelio. La primera en nuestra oración. Un acto de fe vivísima. A pesar de la grandeza deslumbrante de ciudades, edificios, técnica e inventos, una sentencia de muerte que está clavada encima de todo lo que hacen los hombres. Todo eso pasará. Pero **la palabra de Cristo permanecerá para siempre.**

Imperios, teorías, doctrina, filosofías, progreso, evolución, dinamismo histórico... Todos esos ídolos que el autodenominado «hombre moderno» de todas las edades se fabrican, pasarán. Todos esos falsos dioses que el orgullo del hombre, siempre el mismo en su naturaleza, se forja cuando se autodivinidad, olvidándose del único y verdadero Dios, pasarán. **Sólo permanece la infinita grandeza de Aquel que es** (Ex 3,14), *del que habita en luz inaccesible* (1 Tm 6,16), *del Padre de las luces, en el que no hay cambio ni nebulosidad* (St 1,17).

—*«Madre querida: quiero escuchar a Jesús que me dice: haz silencio en tu corazón, en tu imaginación. Sólo así, a solas con el Amor, lograrás percibir su voz para llenarte de fe y esperanza. El amor encendido hará insignificantes sacrificios y renunciaciones».*

Es la tarde del Martes Santo. Cristo abandona para siempre el templo en que enseñó en medio de la indiferencia del pueblo, la aversión de los judíos. **Como hoy está en el sagrario con su corazón dolorido ante una inmensa mayoría de cristianos indiferentes,** cuyo Dios es dinero, placeres, fiestas; ante unos enemigos hijos de las tinieblas, más sagaces que los de la luz. Jesús, **entristecido,** va hacia Betania con sus discípulos. Han abandonado el templo por la fachada oriental.

Atravesan el torrente Cedrón. Se dirigen hacia Betania. *Maestro —le dice uno—, ¡mira qué piedras y qué construcciones!*, las del templo. Enormes bloques de mármol y piedra de hasta cinco metros de largo, que subsisten todavía en su fachada oriental. Se jactan los apóstoles judíos de sus grandezas. Cómo se enorgullece el hombre de hoy en rascacielos y reactores, satélites artificiales, cerebros electrónicos.

No quedará piedra sobre piedra (Lc 21, 5-6). Es la respuesta tajante de Cristo. Derriba ilusiones y sueños ilusorios. Se desvanecen como humo. A continuación, palabras imponentes. Jesús fulmina anatema de muerte sobre todo lo visible que encandila a cuantos vivimos en el mundo. Al pie de la letra se cumplió la profecía sobre la ciudad santa cuarenta años más tarde. El 70, las legiones de Tito y Vespasiano la arrasan. Así se realizará también la segunda parte de la profecía sobre la destrucción del mundo: *Los cielos y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.* Creo en Jesucristo. Creo en el fin del mundo. Creo en la resurrección de la carne. Creo en el juicio final con su retorno glorioso.

2. "Habrá grandes signos". Aparición de falsos cristos

Dice Jesús en el evangelio: *Habrá signos en el sol y la luna y las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes, perplejas por el estruendo del mar y el oleaje, desfalleciendo los hombres por el miedo y la ansiedad ante lo que se le viene encima al mundo, pues las potencias del cielo serán sacudidas. Entonces verán al Hijo del hombre venir en una nube, con gran poder y gloria.*

Y añade: *"Atención, que nadie os engañe, pues vendrán falsos profetas".* Ya han empezado a aparecer. Lo hicieron casi desde que Cristo pronunció estas palabras. Han sido las herejías de todos los tiempos. Pero hoy se han multiplicado pseudocristos y pseudoprofetas. Confusionismo de ideas en hombres y mujeres, perversión intelectual, relajación moral, admitir que se puede ser cristiano y adorar al mundo al mismo tiempo, llamar amor a pasiones animales, «plaga endémica y agresiva de erotismo» —en expresión de S. Pablo VI—; inconsciencia e irresponsabilidad en la juventud y edad madura, materialización del mundo en profesiones y negocios... Y todo diciendo que también ellos son cristianos.

Y vendrán muchos en mi nombre diciendo que «Yo soy Cristo». Surgirán falsos cristos y falsos profetas. Jesucristo: ¡qué bien se están cumpliendo tus palabras en el mundo de hoy, envuelto en tinieblas, sin ideas claras, sin hombres de carácter! Crisis de ideas, flojera de voluntades, ambiente frívolamente

demoleedor. Pero tu advertencia es real, tajante, decidida: «No los creáis»; «Nadie sirve a dos señores»; «Si alguno os dice: "Yo soy también cristiano", no lo creáis».

3. "Os echarán mano y os perseguirán": Los verdaderos cristianos serán perseguidos.

Os echarán mano, os perseguirán, entregándoos a las sinagogas y a las cárceles, y haciéndoos comparecer ante reyes y gobernadores, por causa de mi nombre. ... Y hasta vuestros padres, y parientes, y hermanos, y amigos os entregarán, y matarán a algunos de vosotros, y todos os odiarán a causa de mi nombre.

Estas palabras se cumplieron también al pie de la letra. Según Tácito, los cristianos eran objeto —como hoy los que quieren parecerse a ellos en su amor a Cristo— del odio universal, tanto de judíos (cristianos a medias de hoy) como de los gentiles (paganos del todo). Así, los judíos de Roma podían decir con verdad a Pablo: *Lo único que sabemos de esa secta es que en todas partes de oponen a ella* (Hch 28,22).

La persecución será tan imponente que los *falsos profetas seducirán a muchos*, y, como prevalecerá la iniquidad, se resfriará el amor de muchos. «Y, si no acertara el Señor aquellos días, no quedará con vida hombre mortal; pero por amor a los elegidos serán abreviados aquellos días. Y así, *el que perseverare hasta el fin, se salvará*» ¡Qué palabras de Cristo tan consoladoras! **El que, luchando contra viento y marea, permanece fiel al amor hasta el último momento, superando incomprendiones y persecuciones, éste se salvará para siempre.** Con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas.

Realizados ya los preparativos, se produce ahora el cataclismo final. Acabará con el mundo que vemos. Preparará la venida gloriosa de Cristo. En aquellos días, después de estas tribulaciones, *aparecerán señales en el sol, la luna, las estrellas* (Lc 21,25. Mt 24,29). El sol quedará en tinieblas. La luna perderá su resplandor. Las estrellas caerán del cielo. Lucas recoge unas palabras estremecedoras de Cristo, que describen el temor de los hombres ante el desquiciamiento de las fuerzas del firmamento en colisión: *Y en la tierra habrá angustia de las gentes, perplejas por el estruendo del mar y el oleaje, 26 desfalleciendo los hombres por el miedo y la ansiedad ante lo que se le viene encima al mundo, pues las potencias del cielo serán sacudidas* (21,25-26).

Liquidación total de todos los valores que enorgullecen a los hombres. Liquidación total por derribo forzoso. El fin del mundo no excluirá nada. Todos esos palacios y sus tesoros, los espléndidos trabajos del arte, los inventos, las ciudades gigantescas, las montañas y los mares... «*Día de ira aquel en que todo el mundo se convertirá en ceniza*» ... Así inicia la liturgia la maravillosa secuencia del Día de Difuntos.

Polvo y ceniza, **solamente Dios es grande.** Estos hombres soberbios, estas mujeres repletas de vanidad, polvo y ceniza. Los lugares mismos santificados por la virtud o el sacrificio: monasterios, catedrales; esas obras enteramente consagradas a Dios: los frescos del Angélico, la *Summa* de Santo Tomás, las *Confesiones* de San Agustín..., polvo y ceniza. Dios solamente es grande.

—*«Madre: que rompa el hechizo de una vida que pasa; que piense; que los hombres mis hermanos recapaciten. Este evangelio rompe, con la fuerza de la verdad, el encanto fugaz y engañoso de las cosas de la tierra. Madre querida: **acrecienta en tus hijos esa luz de la fe.** Nos hará ver que nada de lo creado es digno de nuestra consideración.*

OTROS TEXTOS PARA MEDITAR

- **El arma para vencer** (San Francisco de Sales).

«Cuidado que nadie os engañe... eso tiene que ocurrir primero, pero el final no vendrá enseñuida» (Lc 21).

Nadie está exento de tentaciones, pero si somos conducidos por el Espíritu de Dios, no hay por qué temerlas, pues podemos estar seguros de que Él nos hará salir victoriosos.

Pero tampoco las busquemos ni las provoquemos, pues no somos más valientes que David o que nuestro divino Maestro, que tampoco las fue a buscar... Pero es cosa cierta que, yendo sólo al servicio de Dios, nadie puede evitar la tentación.

Es, por tanto, muy necesario preparar nuestra alma para la tentación, por perfectos que seamos y estemos donde estemos hay que tener muy presente que ella nos atacará; así hay que prepararse y

proveerse de las armas necesarias para combatir con valor, para lograr la victoria, ya que la corona sólo es para los que luchan y vencen. Jamás debemos confiar en nuestras fuerzas ni en nuestro valor e ir a buscar la tentación, pensando en vencerla; pero si nos encontramos con ella, **allí donde el Señor nos ha llevado, debemos mantenernos firmes en nuestra confianza en Él**, pues nos fortificará en los ataques del enemigo, por más furiosos que sean.

Quien va armado de la fe, nada tiene que temer y es esa la única arma necesaria para rechazar y confundir al enemigo, pues decidme, os ruego, ¿qué cosa podrá dañar al que dice el Credo? "*Creo en Dios, que es nuestro Padre, y Padre todopoderoso*". Al decir esas palabras estamos demostrando que no confiamos en nuestras fuerzas, y que solamente en la virtud de Dios Padre Todopoderoso osamos emprender el combate y esperar la victoria.

No busquemos otras armas ni otros inventos para rechazar el consentimiento a la tentación, sino únicamente decir; "**Yo creo.**" Y ¿en qué creéis? En Dios, Mi Padre Todopoderoso.

- **«Cuando oigáis hablar de guerras y catástrofes, no temáis»** (San Juan Crisóstomo)

Cuanto más se acerca el rey, hay que prepararse más. Cuanto más cercano es el momento en que se le concederá el premio al combatiente, hay que combatir mejor. Así que hagamos como en las carreras: cuando llega el final de la carrera, cuando se acerca el fin, estimulemos con más ardor a los caballos. Por eso dijo San Pablo: *«Ahora la salvación está más cerca de nosotros que cuando abrazamos la fe. La noche está avanzada, el día ya se acerca»* (Rm 13,11-12).

Ya que la noche se acaba y el día aparece, hagamos las obras del día; dejemos las obras de las tinieblas. Así como hacemos en esta vida: cuando vemos que la noche deja paso a la aurora y que empieza el canto la golondrina, nos despertamos los unos a otros, aunque todavía sea de noche... apresurándonos en las tareas del día; nos vestimos dejando atrás el sueño, para que el sol nos encuentre preparados. Lo que hicimos entonces, hagámoslo ahora: sacudamos la modorra, arranquemos los sueños de la vida presente, salgamos de nuestro sueño profundo y **revistámonos con el traje de la virtud**. Esto es lo que el apóstol nos dice claramente: *«Rechacemos las obras de las tinieblas y revistámonos con las armas de la luz»* (v. 12). Ya que el día nos llama a la batalla, en el combate.

¡No os alarméis al oír estas palabras de combate y lucha! Si revestirse de una armadura pesada es doloroso, en cambio es deseable revestirse de una armadura espiritual, porque es una **armadura de luz**. Así brillarás con un resplandor mayor que el del sol, y brillando con un intenso resplandor, estarás segura, porque estas son las armas..., las armas de la luz. Entonces, ¿estamos dispensados de luchar? ¡No! Hay que combatir, pero sin llegar al cansancio y sin pesadumbre. Ya que esto es menos que una guerra, a la que se nos invita, como una fiesta y una celebración.

- **Cristo ha vencido en la cruz** (San Juan Pablo II)

«Se levantará pueblo contra pueblo» (Lc 21,10). Vistos los múltiples peligros y amenazas contra la existencia humana, los cristianos luchan con todas las fuerzas que les da su esperanza y unidos con todos los hombres de buena voluntad por un futuro más seguro, digno de ser vivido. Además, lo que nos anima no es tan sólo una esperanza puramente terrestre, sino también, y sobre todo, esta **esperanza que proviene de la fe**, de la cual el fundamento y finalidad es, en definitiva, el mismo Dios que, en Cristo Jesús, ha dicho su sí definitivo al hombre. **Cristo, con su cruz y resurrección, ha vencido todo sufrimiento y toda la calamidad del mundo, convirtiéndose así, para nosotros, en signo de esperanza.**

La esperanza es una virtud divina; en el sentido más profundo es un don que obtendréis ya... orando mucho a Dios con los otros y por los otros... Nosotros, los cristianos, tenemos igualmente el deber de manifestar públicamente nuestra esperanza y de compartirla con otros. A través de nuestras palabras, ricas en esperanza, podremos ayudar a los demás a vencer el miedo a vivir, la resignación y la indiferencia, y tener confianza en Dios y en los hombres. Como discípulos de Cristo..., podréis ofrecer al hombre de hoy, envuelto en mil amenazas y lleno de confusión, la palabra de esperanza que nos hace libres.